



DIVINA CLANDESTINIDAD

Ema Wolf

Presidente

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Dr. Juan Luis Manzur

Ministro de Educación

Lic. Jaime Perczyk

Unidad Gabinete de Asesores

Prof. Daniel José Pico

Secretaría de Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Lic. Alejandro Horacio Garay

Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas

Natalia Porta López

Equipo Plan Nacional Lecturas:

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

Gestión de derechos: Verónica Varela

Corrección y asistencia editorial: María Aranguren

DIVINA CLANDESTINIDAD

Conferencia compartida en el Encuentro Nacional de Referentes
de Planes Provinciales de Lecturas

Ministerio de Educación de la Nación

Buenos Aires, 15 de mayo de 2022

Voy a decir unas pocas cosas, desde el único vínculo que tengo con la literatura para chicos, que es el de autora de ficción. Aunque creo que más bien voy a hablar como lectora: lectora constante, de viejo hábito. No tengo que asumir ninguna causa, pero si tuviera que asumir una, sería la de los lectores. Sobre todo, la de los lectores de poca edad, como lo fui yo.

No soy docente, pero hace más de treinta años que visito escuelas, que empecé a ser requerida por las escuelas donde me leían. Me tocó vivir el ingreso de los libros de ficción en la escuela (eso habrá ocurrido en la primera mitad de los '80), cuando reemplazaron a los tradicionales libros de lectura, que en ese momento pasaron a tener la peor prensa.

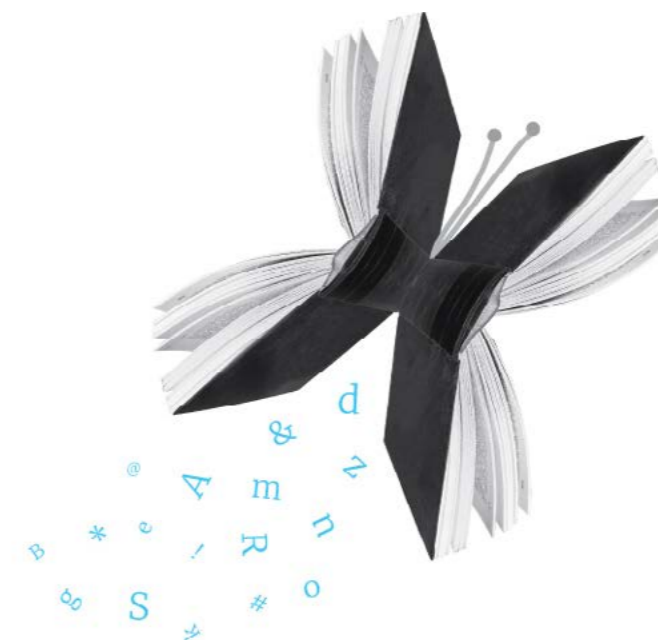
Nunca tuve nada contra los libros de lecturas. Fueron malos en las épocas en que les tocó ser malos -los míos lo fueron; los de mis hijos, más-, y cuando no, no: los de mi hermano, que es bastante mayor, eran muy lindos: *Abriendo horizontes*, *El mundo americano*. Yo los leía con placer, sin que nadie me obligara. Puede ser que los libros que leía en casa por mi cuenta me hubieran convertido ya en una lectora

tan entusiasta que hasta disfrutaba de los libros de lectura de mi hermano. Puede ser, pero no creo: entre esas lecturas pensadas con criterio americanista y para «abrirnos» la cabeza -recuerdo el soneto a Caupolicán, de Darío; noticias sobre Lincoln cuando era un pequeño leñador en Kentucky; una lectura sobre las tribus calchaquíes; otra sobre el sistema Braille; poemas sobre chicos que participaron como grumetes o tambores en las batallas de la Independencia...- y el “Dulce de Leche” que les tocó a mis hijos, había una diferencia grande.

El ingreso de la ficción, fue una buena cosa: en esa red tendida en todo el territorio nacional que constituye la escuela, cuando muchas bibliotecas públicas no eran -ni son- capaces de atraer a los chicos y cuando a muchas casas no llegaban -ni llegan- libros, la escuela les da a muchos la oportunidad de manejar libros. La escuela democratizó el acceso a la lectura; hace leer a más chicos. Me pregunto qué hubiera sido ya de varias generaciones de no existir esa red.

Por eso, que el Ministerio envíe libros a las escuelas públicas, elegidos, además, es asumir una de las responsabilidades indelegables del Estado (de los estados, en rigor: municipales, provinciales y nacional). No estoy al tanto de qué se envió últimamente desde este Ministerio, ni en contenido ni en cantidad -la pandemia nos tuvo a los autores dos años alejados de las escuelas- pero insisto en que se requieren muchos, muchos libros.

Creo en la cantidad y la variedad: no conozco dos lectores, adultos o niños, que busquen y recojan lo mismo *en y*



de los libros. Incluso creo que insistimos demasiado en la ficción –siempre pensamos en términos de novelas o cuentos-, y hay quienes no se interesan en la ficción. El universo de los libros, felizmente, es mucho más grande. Por eso necesitamos que a nuestros chicos les salgan los libros por las orejas; después vemos quiénes leen, quiénes no y qué podemos hacer por ellos. (Yo digo que es como querer hacer de ellos entusiastas pescadores de trucha, cuando tenemos para ofrecerles apenas un laguito con diez truchas para quinientos chicos). Un nene necesita mirar media docena de libros para, con suerte, interesarse en uno. Y si nos los tira el resto por la cabeza, bien: es un lector selectivo.

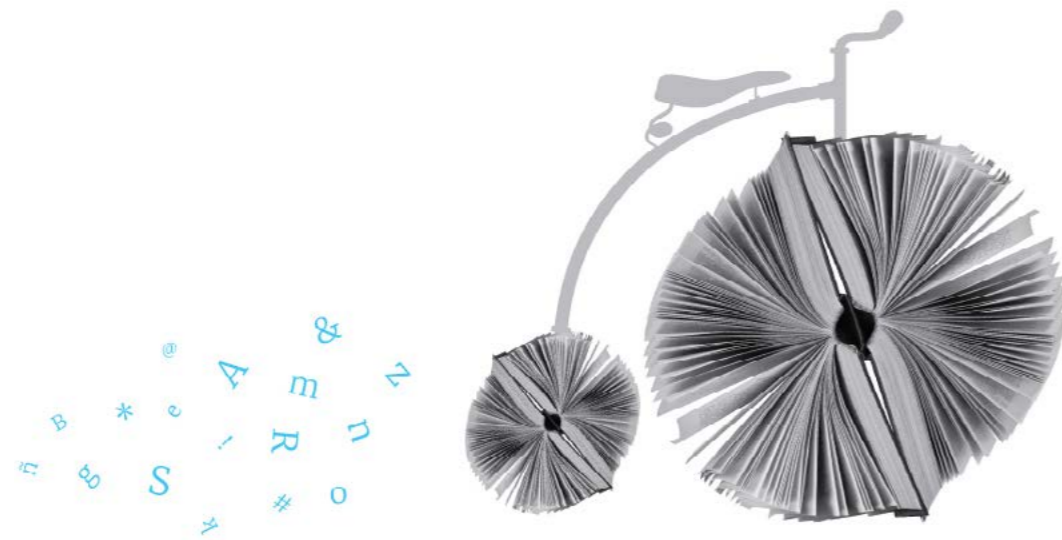
Digo esto porque me encontré con bibliotecas que quedaron congeladas en el momento de su fundación y siguen así, tan desnutridas como al principio, como si, cumplido el burocrático rito fundacional y reivindicado así el libro en su valor de símbolo cultural, no fuera imperioso entrar en la etapa que sigue, que es la de la desesperación, la desesperación por convertirla en un espacio rico. Una biblioteca

es un organismo vivo, que, si no crece, engorda, se usa, se gasta, se va vaciando y se vuelve a llenar, no sirve. Como ni ustedes ni yo vivimos en Finlandia, sabemos que estas cosas ocurren.

En el aula

Ahora bien, la lectura en el aula -no en la biblioteca de la escuela, espacio que prefiero- es de un carácter distinto, está casi en las antípodas de la forma de leer que nos hizo lectores a tantísimas generaciones. Aceptando, siempre, que la lectura es histórica, que el lector es un sujeto histórico, que es iluso esperar que hoy lean lo mismo, y menos con las experiencias narrativas que la tecnología les ofrece a través de medios o plataformas.

Estamos en épocas en que los medios convergen y los contenidos fluyen a través de múltiples canales y lenguajes, todos interconectados. El relato adquirió gran velocidad y el receptor está hecho a esa velocidad, la pide. Tenemos lo audiovisual, lo interactivo, íconos, palabras, cine de animación, tv, comics, video juegos... La tecnología puso a los



chicos en condiciones de llevar a cabo operaciones mentales complejas, como por ejemplo hacer desaparecer un personaje de un video juego o desplazarlo a otra dimensión (es compleja la idea de otra dimensión). Y todas son formas de lectura, atendibles, respetables, valiosas, que transcurren fuera de la escuela.

“Hacer leer”

Pero hoy nos convoca el papel: la escuela maneja libros, o textos que antes de ser capturados en una pantallita fueron papel. El soporte conserva enorme vigencia. Mi nieto no lee a Verne, lee manga..., en papel.

Ahora bien, hacer leer, no necesariamente es hacer lectores.

La escuela tiene prácticas que conspiran contra el hábito, o no lo alientan, porque están asociadas con el trabajo. Con el libro se *trabaja*: los chicos trabajaron tu libro, yo trabajé tus libros en 5°... Prácticas que parecen dar sentido a la lectura, porque, si no, la lectura es éter, no se sostiene, no hay nada que mostrar. Entonces el libro se desguaza y se lo prolonga en tareas aprovechables.

A mí la escuela me enseñó a leer, pero me constituí en lectora constante fuera de ella. Me pregunto qué hubiera sido de mí como lectora si me hubieran puesto a trabajar con mi *Mujercitas* o mi *Sandokán*, si hubiera tenido que dar cuenta de lo leído. Me pregunto también si esas prácticas utilitarias tienen algo que ver con algún propósito mío cuando lo escribí, y resulta que no. Cuando se acerca un chico en la Feria para que le firme un ejemplar y me dice “el lunes



nos toman prueba de *Historias a Fernández*, lo lamento por el chico, por el libro y por mí. Pienso: ¿a cuánto estoy de haberme convertido en bibliografía obligatoria?

Claro, yo, como lectora, me crié “a campo”, como los pollos. Con lecturas sin orden jerárquico claro, que pasaban por los cuentos de hadas, la Robin Hood, las historietas de kiosco y hasta ciertos libritos, como los de la colección Rastros y Bisonte, que no alcanzaban a tener un status aceptable, por eso en mi casa se guardaban en el galpón –¡y donde hasta podían aparecer besos! ¡Tenían una divina doble clandestinidad: había besos y eran parias!

También llegaba el diario, con los chistes y las noticias deportivas; llegaban revistas para los adultos, frívolas o de labores (un tío mío, que en una época crió gallinas de raza para la Exposición Rural, compraba *La Chacra*; yo leía los

epígrafes de las fotos de las vacas, me encantaban, eso debía cubrir mi parte campestre bucólica); llegaban publicaciones religiosas; si éramos familia de inmigrantes había revistas y libros en otro idioma (a mi casa de vez en cuando llegaba la revista *Oggi*; mi abuela me enseñaba italiano leyendo *Cuore* y *Cordelia, nel regno delle fate*) (los alemanes leían el *Struwwelpeter*) (María Elena Walsh los *limericks* y el *nonsense* de su ascendencia inglesa)

Esta abundancia no existía en todas las familias, claro. Pero voy a que, los que podíamos leer, chapoteábamos en lecturas de distinto rango, calidad y propósitos, sin mucho control. Estaban ahí, a mano, podíamos apropiarnos de ellas, abandonar un libro o volver a empezarlo apenas terminado. En las cosas del leer, el placer y el aburrimiento van de la mano.

¿Inadecuado?

Leíamos lo adecuado y lo inadecuado. Inadecuado en muchos aspectos, casi en todos: ideológico, psicológico, ¡ni hablar de la corrección política, que no se había inventado! (en un libro de Salgari colgaban a un prisionero de los pulgares para hacerlo confesar). Leíamos cosas que no habían sido escritas originalmente para chicos; relatos de terror que nos desvelaban; libros para muy chiquitos y para muy grandes, porque la adjudicación por edades no era rígida o nadie le hacía caso, pero sin duda la experiencia de habernos asomado a un libro difícil mejoraba nuestra competencia lectora; además, en nuestras colecciones se mezclaban democráticamente autores de distinto nivel: *Moby*

Dick y Bomba, Stevenson y Dumas- adaptados, claro, y perfectamente mal traducidos. Los varones leían *El Eternauta*, que era mejor que muchos de mis libros en tapa dura, pero aquella escuela desaprobaba la historieta.

Leíamos indisciplinadamente. Retazos, fragmentos.

Pienso que, desde ese paisaje turbulento, se nos hizo más fácil avanzar hacia lecturas no autorizadas, cuestionadoras, fuera de la férula de las instituciones, y que terminan definiendo al lector como lo que es: un sujeto en riesgo. La escuela es una institución de lecturas protegidas, pero nadie puede perder de vista el hecho de que, al inducir a leer, abre una puerta hacia zonas impredecibles. El lector es un curioso, y la curiosidad, obvio, es por lo desconocido y también lo vedado. Solemos tener, me parece, un discurso angélico con relación al hábito de leer, que no lo abarca en su totalidad y no le hace justicia. Los libros enseñan. ¡Entonces, a atajarse!

La gama de “trabajos” escolares sobre mis libros ha sido amplia. Desde subrayar palabras esdrújulas, confeccionar unos artefactos llamados rotafolios y hacer maquetas de crealina, hasta otros como el *multiple choice*, o inventar un nuevo final para un cuento, o esa suerte de hermenéutica que consiste en querer saber si cuando dije tal cosa quería decir tal otra (entonces hay que explicar que el autor no quiere decir, dice; acerca de la ambigüedad; vemos reaparecer la vocación de la vieja escuela de pinchar el suflé, sobre todo con la pobre poesía -¿en qué verso se encuentra explicado el tema del poema?). Es notable la vocación de la escuela por explicitar, por poner todo en blanco sobre negro.



Curiosamente, entre tantos trabajos, a menudo se desestima la información paratextual e incluso las ilustraciones. Tampoco aparecen preguntas sobre la factura del texto, sobre aspectos formales que obliguen al autor, ya que está ahí, a mostrar los piolines. La mirada de los chicos no fue orientada hacia allí. Los chicos, como todo el mundo, no preguntan lo que quieren, preguntan lo que pueden. Y nadie les señaló esos aspectos.

Con respecto a los temas, destacan los que son útiles al programa: formas de discriminación, autoritarismo, intolerancia, derechos, *bullying*... Otros no, por importantes que sean. Y dado que la escuela es la gran compradora de libros, esto está guiando a las editoriales, y a través de ellas

a los autores, hacia los tópicos y los recursos que son funcionales a la escuela: corto, sencillo y políticamente correcto. Hoy, si nos invitan a escribir para una editorial en la que no habíamos publicado antes, en el pedido nos informan de arranque cuáles son los “valores” a los que hay que atenderse. Sé libre, traenos lo que quieras, dejá volar tu imaginación, pero no saques los pies del plato.

¿Enseñan los libros?

Sí, claro, pero no de esa manera. Ni el autor tiene que convertirse en maestro –como decía Gianni Rodari.

Se escribió muchísimo sobre lo que deparan los libros. A veces con argumentos muy racionales, otras veces poéticos. Para mí los libros son como catalizadores: le van descubriendo a la persona la verdadera naturaleza de sus intereses, la dirección de sus deseos, le dicen quién es.

De la escritora española Irene Vallejo, *El infinito en un junco* (ella cita a un autor cuyo nombre no recuerdo): “leer es un viaje, un irse para encontrarse; aun siendo un acto sedentario nos vuelve a nuestra condición de nómades”. Me encanta lo del nomadismo referido al leer: me remite a nuestra infancia de lecturas erráticas y también a mi gusto por los libros de aventuras.

Por supuesto que los libros estimulan la imaginación de los chicos. A veces se cree que es posible estimularla con técnicas, entrenarla como un músculo en un gimnasio. Nada de eso. Basta con darle a un chico información interesante, por ejemplo: el cocodrilo es un animal que no puede sacar la lengua. O un hecho dramático que lo conmueva. Yo

lo vivía así de chica, cuando leía sobre los faquires de la India o las viudas quemadas junto a sus maridos; y hoy lo vivo del mismo modo, cuando escribo. Alcanza con proporcionarle a un chico un hecho nuevo para que algo se ponga en marcha: casualmente, el mismo hecho que me pone en marcha a mí, el que me hace avanzar en un relato que no sé si voy a terminar de escribir, mi zanahoria. Y si el hecho conlleva un interrogante, un intrínquis a resolver, mejor. Pero no un interrogante monótono sobre algo cotidiano -el primer día de otoño, como en la vieja escuela- sino un hecho problemático y precario e inesperado: ¿dónde hace las compras la planta carnívora?; a bordo del barco del pirata viajaba su mamá.

Pero los libros para chicos no sólo enseñan por sí, enseñan también a través de los mediadores, por la forma como se manifiestan los adultos frente a los libros. Y no hablo sólo de docentes, sino de padres, abuelos, tías, librerías, bibliotecarios, el que sea... Todos somos mediadores en tiempo completo.

Me refiero a si el adulto simplemente acata el libro o también. lo discute. Si hace valer su punto de vista, si interviene sobre el libro, si se involucra activa y creativamente, si establece un lazo auténtico con eso que tiene adelante, si es crítico, si suma su parecer y, sobre todo, si *confía* en su parecer.



El problema es cuando se para con prejuicios (ese autor, si es famoso, debe ser bueno), si cree que el libro no es para él, que hay una estética para los niños y otra para los adultos. No: ese libro *también* es para él. De modo que, al adulto mediador, creo, corresponde pedirle, nada más y nada menos, que se asuma como lector, un lector con todos los derechos sobre ese texto. A veces me parece que a algunos adultos les falta autoridad sobre los libros, como si pensarán que hay una instancia de legitimación que está más allá de ellos, y no la hay.

Entonces, si es docente, no va a usar el libro como un útil escolar. Les va a estar enseñando a los chicos a leer. *Cómo leer.*

Y en lo que respecta a los autores -con esto termino-, no podemos dejar de correr el albur de escribir un libro que se venda poco o no se venda, cualquiera sea la causa. Porque en principio estaríamos resignando nuestros deseos, las ganas de probar algo distinto; y luego porque eso significaría que estamos trabajando para lo que la publicidad llama un *target*: un receptor premoldeado, estaríamos ofreciendo a un mercado productos previsibles. ¡Y no hay un común denominador “lector niño”, son todos individuos distintos! Más bien suponemos lo que les gusta a los chicos, pero no les preguntamos mucho al respecto.

Yo no aspiro más que a que un cuento mío dispare alguna conversación sobre algún aspecto de él. Y como no todos la disparan, insisto otra vez en la cantidad y la variedad: muchos, muchos libros, que se ganen el espacio que merezcan.

Emilia Wolf

Ministerio de Educación de la Nación
Buenos Aires, mayo 2022